

LENGUAJE, ASIGNATURA COMPLEJA

Luis Jaime Cisneros V.

La enseñanza del lenguaje es un tema que, desafortunadamente, no recibe la importancia que debiera corresponder a una materia que cumple una función insustituible y esencial para la vida en sociedad y nuestro desenvolvimiento como personas. Una muestra típica de esta desatención es la manera en que el lenguaje viene siendo enseñado en nuestras escuelas y, a pesar de las reiteradas críticas, en numerosas universidades. Estos centros educativos privilegian una realidad lingüística formal y abstracta, ajena por completo a nuestra experiencia diaria con el lenguaje, experiencia que nos había servido para identificarnos y relacionarnos con otras personas, tanto en el colegio como en el barrio, sin dejar de lado, obviamente, el hogar.

El doctor Luis Jaime Cisneros, reconocido lingüista, realiza en este artículo un análisis acerca del lenguaje como experiencia y realidad cotidiana, como un quehacer con cuya realización estamos completamente comprometidos (en ideas, pensamientos, sentimientos y voluntad). El lenguaje se ve así despojado del hermetismo producto del exceso de abstracción antes comentado, y aparece como una actividad creadora y nosotros como los creadores que somos del lenguaje.

Entre el lenguaje y nosotros existe tal familiaridad que resulta difícil desprendernos de su inseparable compañía y acostumbrarnos a mirarlo como objeto de conocimiento, como pieza de laboratorio. Esta perspectiva -aunque ofrece una cara apetecible para la comprensión cabal de los usos lingüísticos - no suele ser motivo de estudio específico en la mayoría de las instituciones de enseñanza. Es verdad que nosotros nos servimos del lenguaje para debatir y para explicar, para exponer los resultados de nuestras investigaciones, para dictar clases y para un sin número de acciones más; pero en ninguna de estas perspectivas el lenguaje aparece como objeto de conocimiento ni como materia de estudio, sino como mero instrumento de relación con los otros y como una manera de comunicación.

Conviene aquí precisar un contraste sobre el que pocos reflexionan. Con las debidas excepciones, es frecuente tropezar con jóvenes que no han adquirido en el colegio simpatía alguna por los cursos de lenguaje; o por asuntos de ortografía, o por asuntos de redacción, o por mero asunto de terminología no les ha inspirado simpatía. Muchos prejuicios asedian a los muchachos durante el aprendizaje escolar y ciertamente la universidad toma nota precisa de tal estado de ánimo. La escuela supone un primer e impensado desconcierto. Ocurre que

cuando el muchacho llega a la escuela, ya tiene establecida con el lenguaje una afianzada relación amistosa, traduce con eficacia y prontitud sus estados de ánimo (palabras amables, si está contento; bruscas y lisurientas, para cuando necesita que "vean" y "sientan" su enfado). Sabe usarlo confiado en sus buenos servicios y se siente asistido por cierta destreza en su manejo. Se diría que cuando llegamos al colegio ya hemos alcanzado un grado de competencia elemental, pero aceptable: las buenas costumbres debidas en la casa se exteriorizan en nuestros primeros usos lingüísticos escolares.

¿Y que ha significado la casa, en materia de lenguaje? Pues nada menos que el contacto fresco y directo con la vida y con las ideas (y la vida) de los otros. Desde la hora primera nos hemos visto anclados en un mar de oralidad. Y esto merece destacarse para asignarle la real importancia de que está investido. El lenguaje de la casa (la casa y el barrio de nuestros juegos primeros) es un lenguaje oral. Ondas melódicas nos dicen los propósitos de los adultos, de nuestros amigos, ondas sonoras sirven para explicar, preguntar, lamentarse, afirmar y negar enfáticamente o con desgano, con rabia o con alegría. Esos estímulos constituyen los modelos recibidos y constituyen, así, el fondo primario de nuestra experiencia lingüística. Pero no están constituidos por palabras aisladas. Son frases: palabras que se combinan una con otras y se nos ofrecen envueltas en entonaciones peculiares.

La voz nos sirve no solamente para saber quiénes hablan con nosotros (la voz del padre, la de los hermanos, la del vecino, la de los amigos) sino sobre todo para entender también la carga de sentimientos que encierran. En la casa descubrimos el valor de las curvas melódicas, y cuando llega la hora del colegio resulta que somos expertos en entonaciones voluntariamente manejadas en relación con objetivos precisos de comunicación. Con la entonación hemos aprendido a administrar los más recónditos sentimientos.

En la casa, de otro lado, hemos aprendido a reforzar nuestra competencia inicial de un modo singular: no sólo estuvimos acostumbrados a oír frases sino que simultáneamente nos fuimos percatando de las distintas situaciones de comunicación involucradas. Es decir, la casa nos ofreció una hermosa experiencia; nos enseñó qué es una frase en contexto, lo que fue reforzando nuestra experiencia de emisores y receptores de lenguaje. En verdad las frases oídas tuvieron siempre un objetivo preciso; "pásame la toalla" decía y buscaba objetivos distintos de "apúrate, que tu hermana tiene que servirse el azúcar". El lenguaje

era evidentemente un compañero natural y aparecía puntualmente cada vez que deseábamos algo de "los otros" o cada vez que "con ellos" buscábamos emprender alguna actividad; era suficiente para poner las cosas al alcance de nuestra voluntad, nuestras ilusiones y su uso realmente aseguraba nuestra experiencia. Si es verdad que recordamos haber escuchado alguna vez frases como "El conejo se comió la zanahoria", podemos jurar no haber oído nunca que el conejo fuera un sustantivo y menos que fuese lo mismo que el gato o la gallina.

Esto fue la casa hasta la víspera del colegio. Entre el lenguaje y nosotros estaba el puente que enlazaba nuestra vida diaria con la gente de nuestra comunidad.

II

La etapa escolar impone ciertamente un primer contraste. El lenguaje se nos aparece acá con distinta perspectiva. Es el mismo de la casa en los patios y en los recreos, y es también el que algunos maestros utilizan para explicar historia y geografía. Y eso hace simpática y atrayente a la escuela. Hay otra perspectiva en que el lenguaje se nos vuelve conflictivo. Y es que para prepararnos a manejar la lengua escrita, la escuela nos somete a un violento ejercicio de abstracción, que comienza por la necesidad de identificar visualmente unas figuras para luego asociarlas con unos sonidos. Mas tarde descubrimos que el esfuerzo por aprender los nombres de las letras no garantizaba premio alguno porque apenas habíamos conseguido dominar esa identificación gráfica - nos enterábamos de que tales figuras representaban sonidos distintos de los nombres memorizados: la letra /m/ era ciertamente "la eme", pero /mariposa/ se leía "mariposa" y no **eme a ere i pe o ese a**. Es decir, cuando habíamos alcanzado a identificar y reconocerlas gráficas, comprobamos que los ejercicios de lectura no buscaban reconocer los sonidos de las palabras sino su contenido significativo. Leer no era reconocer las letras aprendidas sino descifrar contenidos significativos por las letras agrupadas ¡Un dolor de cabeza que en la casa nadie podía explicarnos, porque todos le daban la razón a los maestros! ¡Pero eso no era explicación!

Ni que decir que todo esto representaba una realidad lingüística ajena a nuestra experiencia diaria, a la que nos había servido para sentirnos compañeros y amigos de los otros estudiantes, solidaridad ciertamente garantizada por la lengua adquirida en el hogar. Un amargo sabor comenzaba a degustarse cada vez que teníamos clase de lenguaje.

Debo aclarar que esta situación no es privativa de nuestro sistema escolar. Es cuadro general en muchos países del continente. No nos dejan observar el lenguaje y no nos preparan para describirlo.

Nos impone una serie de instrucciones que creemos necesario ir memorizando sin razonamiento alguno, sin aparente justificación, sin que participemos de alguna manera en el mismo proceso de memorización que nos impone. Nos queda así insatisfecha la natural curiosidad y vamos acostumbrándonos pasivamente a no preguntar o a que nuestras preguntas no tengan una respuesta satisfactoria. El libro y el maestro son la autoridad en materia de lenguaje.

Así las cosas, es natural que al término de los estudios secundarios, los muchachos tengan gran interés por uno que otro ejercicio geográfico, por todo cuanto se relaciona con las ciencias naturales y hasta por uno que otro ejercicio literario y que no exista curiosidad o aceptación amable de los asuntos relacionados con la lengua. Y esto explica el primer desconcierto que nos saluda en el umbral de la vida universitaria.

III

Las sorpresas de la vida universitaria no son, sin embargo, como para invitar a la perplejidad. Toda la tarea consiste en volver vigente el lenguaje de la comunidad y de la casa, el que hemos heredado históricamente, y convertirlo en objeto de observación para poderlo describir y para que, al describirlo vayamos explicándonos los usos espontáneos que hacemos de él y acertamos a distinguir los usos voluntarios que arriesgamos una que otra vez. En primer lugar, la lengua sobre la que invita a reflexionar la universidad es la lengua oral (la descubierta por nosotros en el hogar y en el barrio antes de ir a la escuela, la que oímos todos los días en boca de las gentes). La oralidad vuelve por sus fueros y remueve la experiencia lingüística del estudiante. Eso implica un primer cambio de método: no nos interesa estudiar la palabra sino la frase. En segundo lugar, lo que se nos propone es un estudio científico: convertir al lenguaje en objeto de conocimiento.

Como en toda ciencia, implica observación detenida de los hechos para aprender a describirlos objetivamente y para que en la repetida descripción de los usos aprendamos a comprender el fenómeno y acertemos a poder explicarlo. En realidad lo que hacemos en la universidad es explicarnos el lenguaje (los mecanismos de que nos servimos); y como sabemos en qué medida somos responsables de su producción y su manejo, es natural que nos dediquemos a observar cómo funciona en nosotros. Ahí se nos aparece el lenguaje como un quehacer con cuya realización estamos totalmente comprometidos (en ideas, pensamiento, sentimientos, voluntad). El lenguaje aparece así como una actividad creadora y nosotros como los creadores de lenguaje que somos (como nos lo enseñaron los griegos).

¿Y cómo sabemos que el lenguaje funciona? Nuestra experiencia nos regala con muchas observaciones aquí y allá. Oímos por vez primera una frase, y he aquí que la comprendemos; no necesitamos haberla oído antes para haber almacenado su sentido, sino que la comprendemos instantáneamente. Ese es un primer testimonio. Pero hay más: necesitamos expresar por vez primera algo que estamos pensando, y ahí está a flor de labios lista la frase para que los otros la comprendan; no necesitamos que esto nos haya ocurrido con anterioridad para saber qué frase debemos organizar: es otro testimonio de que el lenguaje funciona. Todavía arriesgamos otro testimonio: oigo una frase mal organizada por gente inexperta, y a pesar de los defectos la comprendo y hasta puedo decir cuáles son los errores cometidos. Y tampoco necesito que esto me haya ocurrido con anterioridad para reaccionar espontáneamente como cualquiera de nosotros reaccionaríamos. Todas estas son claras pruebas de que el lenguaje funciona como una actividad constante, como síntoma de nuestra competencia lingüística. Todas estas cosas las previó luminosamente hace mucho tiempo Humbolt, que arriesgó la tesis de que cuando hablamos del lenguaje hablamos de una actividad creadora. En cada uno de nosotros está agazapado el lenguaje potencia y de nosotros depende hacerlo efectivo, mostrarlo, ponerlo en evidencia. Esa es la tarea a que los muchachos se ven convocados en la universidad.